

El rosario de problemas es la oración nacional cotidiana. La respuesta tiene que apuntar al cómo se proponen, los estadistas del próximo siglo, desarrollar un proyecto coherente y convincente de nuevo país.



Estamos viviendo una extraña paradoja. Venezuela no ha escapado a la ola universal de reflexión que produjo la cercanía de un nuevo siglo, con el agregado de que para nosotros es nuevo milenio. Desde todos los ángulos del pensamiento se hacen balances, diagnósticos, pronósticos. Desde hace varios años se realizan eventos, se escribe, se habla, se publican libros en procura de balances y perspectivas. Además, hay toda una literatura inspirada en el fenómeno de la globalización, referida a Occidente o concretada a Latino-América. En mayor o menor medida Venezuela aparece allí, expresa o tácitamente, como campo de observación en el tránsito hacia el nuevo tiempo.

La paradoja es que vivimos intensamente una campaña electoral que se presume definitiva de rumbos históricos, y es la campaña electoral más ayuna de ideas, más renuente a propuestas serias sobre el proyecto de país que concilie aspiraciones y posibilidades.

El debate se reduce a un ejercicio retórico sobre la crisis, sus manifestaciones y riesgos. En eso llevamos diez años. Examinando causas y responsabilidades, casi siempre desde perspectivas

subjetivas e interesadas. La campaña electoral tenía que ser oportunidad para repensar el país, para convocar a un examen serio de caminos y opciones hacia el futuro. Quizás lo más significativo de la campaña es poner de manifiesto nuestras serias deficiencias culturales. Aparentemente el único asunto que llama la atención es que se reúna una Constituyente con efectos mágicos. Un evento que nos permita pasar del infierno al paraíso terrenal sin tránsito por el purgatorio. Una buena excusa es que somos geografía de lo real maravilloso. En el mundo de Macondo todo es factible.

Un nuevo liderazgo

Lester Thurow es uno de los grandes personajes del legendario MIT (Instituto Tecnológico de Massachussets). Se le tiene como autoridad mundial en las relaciones de la política con la economía. No es sólo un reputado docente, un académico insigne. Es una de las voces más oídas en la creación de plataformas políticas y de políticas económicas en Estados Unidos.

Thurow insiste en que el problema de los líderes políticos es la dificultad para entender y reconocer que el mundo ha cambiado, que los antiguos paradigmas pueden no ser idóneos para resolver los nuevos asuntos, que las nuevas realidades imponen valores nuevos, nuevas reglas, renovación de las instituciones. Esas dificultades del liderazgo están alimentadas por el aceleramiento con que van ocurriendo los cambios, por la incertidumbre como nuevo signo de la historia, por la inestabilidad que va aparejada al fenómeno de la globalización. Por eso Thurow, como todos los grandes pensadores contemporáneos, insiste en la necesidad de sangre nueva en el liderazgo político.

Creo que la primera gran propuesta política para Venezuela debe ser la renovación del liderazgo. Tenemos que darle paso a nuevos líderes. ¿Dónde están? es la pregunta ritual en los cenáculos de la gerontocracia. La pregunta debería ser otra. ¿Han tenido oportunidad de hacerse presentes?. En buena medida la respuesta está en que el siglo XX lo coparon cuatro hombres: Juan Vicente Gómez, Rómulo Betancourt, Marcos Pérez Jiménez y Rafael Caldera.



Las propuestas políticas para Venezuela

PEDRO PABLO AGUILAR

Fueron muy pocas las oportunidades para quienes no se cobijaron bajo el paraguas de uno de los grandes caudillos. Un testimonio convincente puede darlo la llamada generación del 58, esa pléyade de luminosas promesas que insurgieron en el escenario político hace 40 años, y a quienes no se les permitió pasar más allá de escuderos.

La batalla por la estabilidad

¿Quiénes pueden ser los nuevos líderes, los conductores de Venezuela en el siglo XX?. Los que tengan capacidad y voluntad para elaborar y ejecutar un nuevo proyecto nacional. Eso debe quedar muy claro. No se trata sólo de ser gente nueva, joven. Se trata de que necesitamos líderes que entiendan las nuevas realidades, el nuevo tiempo venezolano.

Una primera demostración de idoneidad tiene que ser las propuestas sobre la gobernabilidad de la democracia. No es, como dijera alguna vez el talentoso Ibsen Martínez, ripios con los cuales se pretende distraer a los muchachos que

estudian Ciencias Políticas. La gobernabilidad de la democracia es el asunto más importante que tenemos las sociedades en desarrollo. Es el asunto más importante que desde el ángulo político se le plantea a Venezuela. Desde luego que no puede ser inquietud unánime. Es asunto que angustia a quienes pensamos que los seres humanos tenemos derecho a convivir en libertad, a dirimir pacíficamente nuestras diferencias, a promover modelos sociales más justos y equitativos sin sacrificar el derecho a una vida civilizada.

La gobernabilidad de la democracia se vincula íntimamente con la batalla por la estabilidad. Digo batalla porque de eso se trata. Alguien ha dicho que la globalización está generando una nueva ciencia, la ciencia de la inestabilidad. En Venezuela no será posible el progreso, el mejoramiento de las condiciones y calidad de vida, si no conseguimos superar la inestabilidad. Conviene recordar ciertas expresiones del fenómeno. En los últimos 6 años el país ha tenido cuatro Presidentes: Pérez, Lepage, Velásquez y Caldera. Los cuatro han sido inquilinos de Miraflores por mandato constitucional.

Otra referencia pertinente. La política económica se maneja desde tres despachos: Hacienda, Planificación y Fomento, ahora Industria y Comercio. En los países mejor organizados desde el punto de vista de la gerencia pública esos tres despachos están unificados en un Ministerio de Economía y Finanzas. Pues bien, si tal ocurriera en Venezuela, durante los últimos seis años hemos tenido veinte Ministros de Economía y Finanzas, cada uno con su propia política y su propio equipo.

La estabilidad es indispensable para el crecimiento económico sin inflación. Es condición necesaria para la inserción en la economía globalizada. El crecimiento económico demanda inversión. La extranjera es imprescindible pues el ahorro interno es muy limitado. La inversión externa debería orientarse hacia la economía productiva, pues uno de los males de la globalización es la inversión especulativa, el llamado capital golondrina. Todo esto puede sonar a lugares comunes. No por ser lugares comunes dejan de tener validez. Lo importante es que todo el proceso tiene como escenario la estabilidad.

